ARBOR Ciencia, Pensamiento y Cultura
CLXXXIII 724 marzo-abril (2007) 211-216 ISSN: 0210-1963

MORAL SOCIAL DE EUGENIO MARÍA DE HOSTOS

Alberto Sánchez Álvarez-Insúa
Instituto de Filosofía CSIC

ABSTRACT: *The article study the work of Eugenio María de Hostos, Moral Social (Social Moral) as component of the narrative discourse.*

KEY WORDS: *Eugenio María de Hostos, Moral Social (Social Moral), Civic virtues, Centralism, Autonomy, Federal State, Cuba, Puerto Rico.*

RESUMEN: Se estudia la obra de Eugenio María de Hostos, *Moral Social,* como componente del discurso político del apóstol de Puerto Rico.

PALABRAS CLAVE: Eugenio María de Hostos, *Moral Social,* virtudes cívicas, centralismo, autonomía, Estado federal, Cuba, Puerto Rico.

I. Introducción

Pensar una nación es pensarlas todas. Pensar Puerto Rico es pensar en Cuba, en las Antillas, y en todo el continente americano. Tal fue el planteamiento de Eugenio María de Hostos (Mayagüez, Puerto Rico, 11-1-1839 - Quinta de las Marías, Santo Domingo, 11-8-1903), como lo fue también el de Bolívar. De él diría Hostos:

> Los antillanos esculpiremos en el granito perdurable de nuestras Antillas la idea que tenemos de Bolívar.
> El hombre-legión fue el primero que interrumpió el sueño de nuestra vida colonial para redimirnos. El hombre-idea fue el primero en concebir la patria inmensa y el que en su cerebro ecuatorial nos hizo coeficiente de esa patria malograda. El hombre-humanidad fue el primero que, sin Cuba y sin Borinquen, declaró incompleto el Continente y quiso abrazarnos en su fuero redentor e intentó abrazarnos con su brazo salvador; éramos para él pedazo de la humanidad que redimía (Hostos, 1952, p. 159).

Pero una nación no puede pensarse, ni mucho menos construirse, si no es desde una perspectiva de moral social. A ello vamos a referirnos.

II. La moral social de Eugenio María de Hostos

Los planteamientos morales nunca han sido ajenos al discurso narrativo de una identidad nacional. Un ejemplo puede ser tremendamente ilustrativo. Al comienzo del siglo XX irrumpe en las escuelas españolas un libro de lectura: *Cuore* (1886) de Edmundo d'Amicis traducido al castellano por Hermenegildo Giner de los Ríos que será texto obligado durante la II República. Pero lo que los niños españoles leían y entendían en *Corazón,* era un discurso moral que habría de convertirles en ciudadanos y en el que valores como el heroísmo, el sacrificio, el estudio y la entrega se unían al más acendrado patriotismo. Ni que decir tiene que esto mismo lo leían y entendían los niños de la recién estrenada Italia. Pero leían y entendían también otra cosa: en el discurso narrativo de D'Amicis se plantea muy a las clara que la nueva nación debe integrarse unificando todos los territorios desde el Trentino Alto Adigio hasta Sicilia y Cerdeña, es decir aquellos que conformaban el discurso de Garibaldi, bien distinto del de Cavour, partidario de que la nueva nación agrupara la Italia Norte, el Véneto y los Estados Vaticanos. La Italia del Sur, pobre y atrasada, quedaría al margen. Planteamiento que todavía aflora en nuestros días en el discurso de la Liga Norte. Frente a la Padania, D'Amicis construye un discurso en el que los héroes infantiles representan a las diversas provincias de la nueva nación. Los cuentos intercalados en el relato tienen títulos significativos: "El pequeño vigía lombardo", "El tamborcillo sardo" "El pequeño escribiente florentino", "sangre romañola", etc. Tampoco se olvida de la Italia peregrina, aquella que busca el trabajo y la bonanza allen de los mares, que "hace la América" y recorre, en un periplo heroico el trayecto que va desde "De los Apeninos a los Andes".

Pero esta explicación al margen nos ha alejado de nuestro discurso. En 1887, en Santo Domingo R. D., Hostos concluye su obra *Tratado de Moral* (Hostos, O. C. XVI) que incluye en sus páginas *Moral Social.*

En esta obra, Hostos, ciudadano de América, imbuido de su ansia de verdad, su pasión por el bien, y su vocación apostólica, aplica los que han sido sus conocimientos de la realidad española, europea, antillana y americana, que ha ido acumulando primero desde su cuna portorriqueña, luego en su estancia en España desde 1851, es decir, desde su adolescencia de doce años hasta cumplir los treinta. Conoce pues bien la injusticia social, la opresión colonial, los males que asolan España, los que atormenta a Europa, los desgarramientos de las nuevas naciones de América. A la madre patria tradicional y reaccionaria opone ya las concepciones de los que serán sus amigos: Pi y Margall, Concepción Arenal, Sanz del Río, Giner, Castelar. El krausismo ilustra su pensamiento y pone como norte, como meta, el bien de los hombres, de la humanidad toda. Piensa en el porvenir de España y de las Antillas, y se adelanta, como lo hicieran muchos de los gallegos de Cuba, al planteamiento de las autonomías, a una idea federal de España que hiciera innecesaria la ruptura. Pero la ceguera de la España unitaria e indivisible destruye sus sueños y le precipita en el desengaño. Hostos trae la República a España, y el nuevo Régimen pospone, una vez más, el problema de Cuba y Puerto Rico. Su memorable discurso en el Ateneo madrileño, el 20 de diciembre de 1868, tiene dos ejes: justicia y libertad para España y las Antillas, y la formación de una Confederación Hispano-Antillana. Eugenio María no busca honores: ha renunciado en 1868 a la Diputación por Puerto Rico y a la Gobernación por Barcelona, y en 1869 se entrevista con el general Serrano, Presidente del Gobierno Provisional reclamando la autonomía y libertad para las Antillas... La negativa de Castelar a cumplir sus anteriores promesas, "antes que republicano soy español", resume el planteamiento del último Presidente de la I República, le saca de quicio. Su ruptura con España es total: "Donde no cabe mi patria no quepo yo" afirma tajantemente Hostos antes de emprender un peregrinaje que dará comienzo en París, para seguir, ya en América, a Nueva York, Cartagena, Lima, Valparaíso, Santiago, Buenos Aires, Río de Janeiro, Caracas, Santo Tomás y Puerto Plata. Ha cambiado su discurso y ahora ya habla de independencia para Cuba y Puerto Rico, coincidiendo con la primera revolución cubana por conseguirla.

Hostos ha cambiado su discurso optimista, los hechos son tozudos, y denuncia que la moral y la política han situado entre ambas una barrera infranqueable:

> Hablemos de la política activa, del continuo aplicar del derecho a las formas de vivir social, del continuo ludir de poderes con derechos en la lucha continua por el poder.
> La ineficacia de la moral en la política se ha convertido en regla de conducta universal [...] en todas partes está la política tan divorciada de la moral, que es una prueba de incapacidad política el mostrarse inclinado a ser moral (Hostos, 1952, p. 95).

Moral y política se han distanciado, pero ¿quién es culpable de dicho distanciamiento? La respuesta es por demás elocuente: centralismo y una administración pública corrupta:

> A excepción, en Europa, de aquellos países en los cuales la adherencia de los grupos sociales es por si sola una fuerza moralizadora, en todas las demás es necesariamente corrompida y corruptora la administración pública.
> A excepción, en América, de aquellas sociedades fundadas en la tradición jurídica de los anglosajones, y de dos o tres de origen latino que han reaccionado vehementemente contra la desorganización del coloniaje, las restantes son organismos corrompidos (Hostos, 1952, p. 95).

Hostos confía, como confió en la I República española, en los Estados Unidos. De nuevo acabará acompañándole la decepción. Tras su intensa actividad en 1898: Chile, Venezuela, Nueva York, Washington y la fundación de la Liga de Patriotas Puertorriqueños (2 de agosto de 1898), se entrevista en el mes de enero de 1899 con el Presidente Mc Kinley para plantear tanto las necesarias reformas administrativas de Puerto Rico como su derecho a decidir su futuro y su forma de gobierno mediante plebiscito. Acabará sus días como reformador de la enseñanza pública de Santo Domingo (1900-1903). Pero bueno será retomar el discurso y reseñar la repulsa de Hostos al unitarismo centralista.

> El Estado unitario es corruptor de nacimiento. Todo Estado unitario en cualquier tiempo, espacio y forma de gobierno, es siempre personal: el Estado es el jefe del Estado. Y como absorbe la iniciativa de los organismos provinciales y municipales, sustituye con la ley de su voluntad la autonomía

> de esas sociedades; de aquí la desorganización y de ésta, la corrupción. Dispone de la fuerza pública, y con ella corrompe por miedo o por soborno. Dispone de todos los empleos, y con ellos corrompe por soborno o por miedo (Hostos, 1952, p. 96).

Estos planteamientos de Hostos pueden parecernos ahora reduccionistas. Ni en el caso de la mayor autocracia se igualan el Estado y el Jefe del Estado. Antes bien, cualquier autocracia se sostiene en un entramado de fuerzas e intereses en los que la corrupción no está ajena. Pero no es menos cierto que el apóstol de Puerto Rico no hace otra cosa que retratar el cesarismo imperante en algunas de las nuevas naciones americanas. Como también son reduccionistas sus planteamientos referidos a la detracción de plusvalías por parte del capitalismo:

> No obstante la Revolución francesa, una inmensa porción de tierra europea, en vez de ser propiedad del trabajo, lo es del ocio, y una considerable porción de los beneficios del trabajo va a manos del capital voraz, en vez de ir a mejorar la vida del trabajador [...] Verdad es que, al par del espectáculo inmoral de los políticos ofrece Europa el espectáculo de los economistas y de los sociólogos, que, secundados por capitalistas y fabricantes inteligentes o por filántropos y por asociaciones generosas, proponen planes fundados en ciencia y experiencia, o aplauden los experimentos de Rochadle, Mulhouse, Berlín, y convergen con los bien intencionados, al orden y la moral (Hostos, 1952, p. 96).

Economía, sociología, ciencia política. Hostos confía en la Ciencia, con mayúscula, herencia de su formación krausista. Y en que una emanación directa del "arte político" desde las ciencias sociales va a dar lugar a una moralidad política y ciudadana.

> La realidad es que siendo el arte político un derivado de las ciencias que tienen por objeto el estudio del orden social y del orden jurídico, que directamente se basa en el orden moral, el arte tiene que buscar sus reglas en donde buscan sus leyes las ciencias de que emana [...] Política sin moral, es indignidad; cualquier juego de azar, siendo tan indigno como es el juego, es más digno que la política divorciada de la moral, porque, al menos, en sus lances repugnantes no aventura más moralidad que la del jugador y sus cómplices. Pero el político inmoral aventura con su ejemplo la moralidad pública y privada de su patria (Hostos, 1952, pp. 97-98).

¡Qué gran verdad! Corrupción pública llama y alienta a la corrupción privada y hace que éstas se interpenetren. Cínicamente, un Secretario de Estado norteamericano definió el régimen franquista español como "una dictadura dulcificada por una corrupción total".

Tras esta primera parte "Enlace de la moral con la política" Hostos entra en el análisis de la Historia y su vinculación con la moral. Su planteamiento es bien claro: es necesaria una fraternidad universal, una "paz perpetua" kantiana, que ha de lograrse trabajando para el bien. Su planteamiento es optimista, y nos dice: aunque, a primera vista, parece que los males superan a los bienes, no es así. En la medida que el bien se conserva, supera al mal:

> Ya hace tiempo que las naciones luchan entre sí; y todavía no se columbra el día de razón en que hayan de concertarse en la civilización, en el deber y en el derecho, pero se trabaja sin descanso en eso. A toda hora, en toda tierra, con estos o con aquellos medios siempre trabaja el mal; pero a toda hora, en toda tierra, con los mismos recursos que emplea el mal, trabaja el bien (Hostos, 1952, p. 99).

Moral pública y moral privada. Hostos incide incluso en la elección profesional. El hombre debe seguir su vocación profesional y no orientarse ni por el afán de lucro ni por la prepotencia o vanidad sociales. Fustiga la manía de los empleos públicos y pone como ejemplo, una vez más, la vocación fructífera por las profesiones industriales presente en la sociedad estadounidense:

> El objetivo es parecer, no ser; el propósito, tener, no hacer. De ahí, especialmente en los países de origen autocrático, la manía, la verdadera manía de los empleos públicos y la universal preferencia de las llamadas profesiones liberales, como si estos fueran la vocación natural y las profesiones industriales fueran incapaces de despertar en la juventud de nuestros pueblos la fructosa vocación que ha formado a los Palissy, y a los Jacquard, a los Franklin y a los Fulton, a los Watt y a los Stephenson, a los Morse, a los Edison, a los Bell, a los mil, a la legión de bienhechores que, centuplicando las fuerzas de la industria, han multiplicado los goces legítimos de la vida civilizada (Hostos, 1952, pp. 106-107).

Confianza en la Ciencia, en la Técnica, en la industria, en la invención y en el progreso. Moral anglosajona, protestante, frente a la moral católica del aparentar, tan característica

del la España imperial y del barroco. Una confianza que se continúa en el papel que la prensa y la libertad de expresión deben jugar en una sociedad justa y moral:

> El periodismo es, entre las instituciones auxiliares del derecho, la que más le ha servido algunas veces y a la que más continua y eficazmente podría servirle siempre [...] Es, a la vez, servidor de todas las industrias, de todas las profesiones, de todos los inventos, de todo descubrimiento, de toda ciencia, del arte bello, del arte industrial, del trabajo, del trabajador, del capitalista, de la propiedad, del desposeído, del despojado, del feliz, del desgraciado, de la beneficencia, de los beneficios, de ricos y pobres, de pueblos y pobladores, de civilizaciones y civilizadores, de lo bueno, de lo bello, de lo verdadero, de lo justo, de lo grande, de lo serio, de la alegría, del placer, de las victorias, de las ovaciones, de la guerra, de la paz, del estruendo, del reposo, de la vida, de la enfermedad y de la muerte (Hostos, 1952, pp. 109-110).

Impresionante catálogo el que Hostos nos plantea. Impresionante también su confianza en el papel de la prensa en una sociedad más o menos libre. Impresionante y sin duda certera su apreciación, porque si bien existe una prensa falaz, mentirosa, manipuladora, que opina y no informa, algo a lo que en España estamos muy acostumbrados durante la dictadura y también durante la democracia, la libertad de prensa es el gran pilar de la libertad, y la verdad, aquello por lo que Hostos luchó siempre, se acaba imponiendo. Pedro Henríquez Ureña, en el Prólogo a la Antología de Hostos recordaba las bellísimas palabras del apóstol puertorriqueño referentes a la verdad:

> Dadme la verdad y os doy el mundo. Vosotros, sin la verdad, destrozareis el mundo; y yo con la verdad, con sólo la verdad, tantas veces reconstruiré el mundo cuantas veces lo hayáis vosotros destrozado (Hostos, 1952, p. 15).

Y continúa el prologuista:

> Todo, para este pensador, tiene sentido ético. Su concepción del mundo, "su optimismo metafísico", como lo llama Francisco García Calderón está impregnada de ética. La armonía universal es, a sus ojos, lección de bien. Pero su ética es racional: cree que el conocimiento del bien lleva a la práctica del bien; el mal es error ("en el fondo del caos no hay más que ignorancia"). Está dentro de la tradición de Sócrates, fuera de la corriente de Kant; pero Kant influye en su rigurosa devoción del deber (Hostos, 1952, p. 19).

Pero volviendo de nuevo al papel que Hostos asigna a la prensa y a su valoración, nos pone de nuevo a los países anglosajones como ejemplo:

> Pero los Estados Unidos e Inglaterra son los pueblos que mejor han comprendido y practican mejor el periodismo. Son los pueblos en donde la prensa periódica ha servido para secundar los esfuerzos civilizadores, enviando exploradores al África y al Polo; los esfuerzos científicos, promoviendo el progreso de la meteorología; los esfuerzos del arte, iniciando certámenes; los esfuerzos de la confraternidad, estableciendo y aceptando correspondencias de todos los puntos de la tierra; los esfuerzos del sentido común, practicándolo en su propaganda y en sus juicios sobre los hechos humanos (Hostos, 1952, pp. 113-114).

En la medida en que Hostos aspira a que su discurso moral sea total y abarque toda la vida del hombre, se adelanta al discurso filosófico existencial y entiende que "el ser humano está hecho de tiempo". Intenta ordenar el tiempo de trabajo, pero también el tiempo de ocio.

> El tiempo, para el trabajo, es aire; para el ocio, plomo [...]
> En el modo de descargarse está gran parte del arte de la vida, y en combinar el pasatiempo con el tiempo empleado en el trabajo está la superioridad o la inferioridad de una civilización [...] La civilización moral ha de llevar el orden al descanso del trabajo. La civilización inmoral altera el orden o continúa el desorden en las horas de reposo y de solaz [...] La civilización inferior no sabe más que divertirse; verter a raudales en nonadas peligrosas, el tiempo que pesa sobre individuos, grupos y la sociedad entera (Hostos, 1952, pp. 114).

El discurso moral de Hostos se orienta después a estudiar la relación entre tiempo y "vicios", para pasar luego a un curioso análisis del hecho religioso:

> Los vicios más rebeldes, que son los de la sensualidad, contra todo remedio se revelan y resisten por el vergonzoso poder que tienen de absorber fuera del tiempo los sentidos.
> Los vicios más cobardes, la difamación, la maledicencia, la calumnia, porque matan el tiempo sobre viven.

> [...] Las innumerables legiones del brahmanismo y del budismo, el arte de los de brahmanes y bonzos en divertirlas con sus cultos respectivos deben la disminución de carga, que es para ellas el tiempo y la flemática debilidad con que resisten a la propaganda y el espectáculo del protestantismo en la India. [...] ¿Qué sería de ese hormiguero de racionales, si sus religiones no le hicieran soportable el tiempo? (Hostos, 1952, pp. 115-116).

Hostos denuncia que aquellos eventos sociales que deberían ser patrimonio de todos, lo son de una minoría: el teatro, la escuela nocturna, las conferencias literarias, científicas, religiosas, políticas y económicas, el ejercicio del deporte y el excursionismo son privativas de un corvísimo número de individuos, como los son los ateneos, liceos, academias y casinos, como lo son los llamados conciertos populares, los orfeones, las sociedades corales y asociaciones filarmónicas. Su crítica se dirige ahora al militarismo existente en Europa:

> El estúpido militarismo que hace omnipotentes en Europa a los inmorales que explotan la necedad y la ignorancia de la turba, podía convertirse en un semillero de instituciones culturales y de útil, honesto y fecundo pasatiempo, si se convirtiera la atención popular hacia los ejercicios gimnásticos, militares y estratégicos en que es educada toda la porción de europeos que el ejército roba a la industria, al arte y a la ciencia (Hostos, 1952, p. 117).

Hostos tiene también un planteamiento sobre el urbanismo y una institución muy de su época: el paseo público como ostentación:

> Los paseos públicos, que en vez de exhibiciones de lujo insolente y de la vanidad triunfante, debieran ser, en lo posible, remedos placenteros o instructivos de la naturaleza; los jardines botánicos, los museos zoológicos, pictóricos y antropológicos, que debieran, como las bibliotecas, hacerse instituciones campestres como urbanas, para empeñar a la muchedumbre en la dulce tierra de ver cada vez mejor el mundo que nos rodea, la cadena biológica de que somos eslabón, el movimiento del arte en tiempo y países diferentes, el proceso de la vida humana desde la edad remota de la tierra al través de todas las edades de la civilización, son hoy las instituciones exclusivas de las que se llaman aristocracias del privilegio, de la fortuna o del saber en solo las grandes capitales de naciones ya robustas.
>
> Mientras la civilización no sepa emplear el tiempo que le sobra después del trabajo de cada día, no será verdadera civilización, porque no sabrá emplear la primera riqueza y la más trascendental (Hostos, 1952, pp. 117-118).

Como puede verse y hemos intentado reflejar el discurso moral de Hostos abarca la casi totalidad del comportamiento humano. Es sobre dicho discurso que el apóstol de Puerto Rico plantea su discurso narrativo para su patria, para las Antillas y América entera, desde una perspectiva de valores. *Moral social* forma parte del tomo XVI de sus Obras Completas (Tratado de Moral) junto a *Prolegómenos, Moral Natural* y *Moral Social Objetiva.* En este último opúsculo ejemplifica las virtudes que deben acompañar a los auténticos impulsores de la humanidad: a Jorge Washington lo define como "ejemplo de deber del patriotismo" (Hostos, Obras Completas XVI, p. 327), a José de San Martín como "ejemplo del deber de abnegación" (Hostos, Obras Completas XVI, p. 405); e idéntica atribución da a Antonio José de Sucre (Hostos, Obras Completas XVI, p. 410).

Verdad, patriotismo, abnegación son los tres grandes valores que predica, con la palabra y con el ejemplo, Eugenio María de Hostos. Si España hubiera atendido sus peticiones, si el deseado, no sólo en Puerto Rico sino también en Cuba, proceso autonómico hubiera tenido lugar como preconizaban criollos y emigrados españoles, tal vez la historia hubiera sido otra. Una de esos emigrados, Waldo Álvarez Insua, editor y director del influyente periódico *El Eco de Galicia* decía en La Habana el 17 de octubre de 1889:

> La exageración del poder central tenía a la postre que dar sus resultados: negando por completo el derecho a la vida de las provincias, la Metrópoli sólo ha ganado sus odios, cortándole sus naturales vías de expansión, sólo ha conseguido que las ansias de libertad y de mejoramiento social estallen ruidosamente; en una palabra, el sistema de absorción empleado por los poderes públicos desde el siglo XVI ha servido únicamente para que los antiguos estados ibéricos echen de menos la independencia que les reconocieron todos sus reyes (Murguía, 1889, p. III).

Manuel Murguía padre de la patria gallega construye, en su opúsculo *El regionalismo gallego* (1889), un discurso en el que reivindica frente al académico de la Historia Antonio Sánchez Moguer, cuyo discurso de recepción el 8 de

diciembre de 1888, atacaba de forma furibunda a Galicia y a los gallegos, el derecho de estos a decidir su propio destino, incluso a federarse con Portugal, de acuerdo con los planteamientos apuntados en la nación lusa por Teófilo Braga, Herculano y Oliveira Martins. Pero no vamos a repasar las ideas de Murguía que nos alejarían de nuestro discurso. Sí insistir en que, al final de la obra citada, un grupo de 1200 ciudadanos de Cuba expresaba lo siguiente en una carta abierta dirigida al respetable y venerado maestro Manuel Murgía:

> Cuando la nave zozobra y es inminente el naufragio; cuando los hombres sensatos condenan, por inútiles, los recursos empleados y vuelven con amor los ojos hacia la idea regionalista, como único puerto de salvación en el deshecho temporal, con que navega España, todavía hay quien ataca la doctrina regionalista, considerándola absurda y a mayor abundamiento peligrosa a la unidad nacional (Murguía, 1889, p. 53).

Hoy, a más de un siglo de distancia, las ideas centralistas no han ni mucho menos desaparecido. Es más se plantean incluso desde posiciones pretendidamente de izquierda. Nacionalismo y regionalismo, serían, en su discurso, un planteamiento burgués. Lo que se calla es que centralismo es igual a falta de democracia. La transición política en España, el paso de la dictadura a la democracia, fue posible por un nuevo planteamiento: el estado de las autonomías, que ahora intenta avanzar en su desarrollo profundizando en un nuevo proceso estatutario. Para todos aquellos que ponen en cuestión estos planteamientos hay que decirles que Martí, Hostos, los emigrados gallegos, América entera, plantearon en su momento la posibilidad federal; y en España, Euskadi, Cataluña, Galicia y Andalucía vienen reivindicando desde hace más de un siglo su desarrollo autonómico. Desde Pi Margall a Blas de Infante, el discurso autonómico ha estado presente. De haber sido atendido España se habría ahorrado muchos y terribles desgarramientos.

Recibido: 15 de enero de 2007
Aceptado: 15 de febrero de 2007

BIBLIOGRAFÍA

Hostos, Eugenio María de (1903): *Obras Completas vol. XVI,* Habana, Cultural S.A.

Hostos, Eugenio María de (1952): *Antología,* Madrid, Imprenta, Litografía y Encuadernación, Juan Bravo, 3.

Murguía, Manuel (1889): *El regionalismo gallego,* Habana, Imp. La Universal.